

Una Primera Persona Que Es Colectiva Y Subalterna: La Importancia de las Epistemologías Feministas y Los estudios Postcoloniales para Pensar la Investigación Social

Gabriela Bard Wigdor¹

Resumen

En el presente artículo, problematizo la posición del sujeto que investiga a través de la epistemología feminista y de los estudios postcoloniales, considerando que estas epistemologías y teorías, se apartan del sesgo androcéntrico del conocimiento dominante y cuestionan la hegemonía del hombre blanco, propietario y heterosexual en el saber científico. En ese sentido, reflexiono: en un primer momento, sobre el conocimiento que en este contexto se produce acerca de los sectores subalternos y sus potencialidades emancipadoras; para luego, coincidiendo con estas miradas, destacar la necesidad de vigilar constantemente la posición epistemológica-política en la investigación y en la urgencia de abandonar la “tercera persona” de los discursos científicos.

Palabras claves: epistemología Feminista, estudios postcoloniales, investigación, sectores subalternos, conocimiento científico.

Abstrac

In this paper, I problematize the research subject position through feminist epistemology and postcolonial studies, considering that these epistemologies and theories deviate from the dominant androcentric knowledge and dispute the hegemony of the white man, owner and heterosexual in the scientific knowledge. In that sense, I reflect: at first on the knowledge that in this context occurs about subaltern sectors and their emancipatory potentiality; for then, coinciding with these looks, highlight the need to constantly monitor the politic-epistemological position on the research and in the urgency to leave the “third person” of scientific discourse.

Keywords: Feminist epistemology, postcolonial studies, research, subaltern, scientific knowledge.

¹ Becaria de CONICET, Doctoranda en Estudios de Género y Magister en Trabajo Social con Mención en Intervención. Licenciada en Trabajo Social por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Introducción

Para empezar, quiero caracterizar la posición social, económica, política y cultural desde donde construyo y pongo a consideración este artículo; ya que es importante saber por qué elijo trabajar acerca de las epistemologías feministas y los estudios postcoloniales. En primer lugar, como mujer latinoamericana, siempre me ha interesado poder comprender y explicar las diferentes desigualdades por las que he atravesado a lo largo de mi no tan larga vida. Desde tratos discriminatorios y violentos, hasta asimetrías en el uso de la palabra en reuniones políticas, mi vida, las de las mujeres en general y otros sujetos subalternos, esta signada de desigualdades de poder respecto a los varones, que merecen ser estudiadas, denunciadas y combatidas.

En segundo lugar, no puedo dejar de señalar que me encuentro en una posición favorable respecto a otras mujeres, ya que soy blanca, heterosexual y universitaria, lo cual me coloca en una situación de poder al compartir ciertas características esperables para el estereotipo de sujeto hegemónico. Frente a esta situación, intento ejercer una vigilancia epistemológica permanente en las investigaciones sociales que llevo adelante.

En ese sentido, si bien no me siento parte del “feminismo academicista”, hay que señalar que esa visión esta internalizada en mí y en feministas que producen conocimiento desde la academia, lo que genera muchas veces, incluso sin darnos cuenta, que adoptemos una posición colonizadora de las voces e historias de las mujeres de sectores populares, de las negras, las chicanas, musulmanas, etc. Por lo que ha sido un problema central para mí, buscar describir las desigualdades que las mujeres sufrimos y a su vez, las asimetrías que otras mujeres sufren a razón del género pero también de la raza, clase, origen geográfico, etc. con las herramientas que las propias teorías dominantes han fabricado. Así, las teorías en que la ciencia hegemónica nos ha adoctrinado, las categorías masculinizadas que nos ofrece, son claros obstáculos para tener voz como mujer y latinoamericana o para producir saberes acerca de eso otros colectivos invisibilizados en la historia oficial.

En ese orden, son los estudios postcoloniales y feministas quienes frente a la ciencia hegemónica, el control de las teorías y las maneras dominantes de nombrar el mundo, construyen conocimiento y se esfuerzan por denunciar el sesgo colonizador y androcentrico² del saber hegemónico. Reclaman visibilidad y voz para los sectores subalternos, el derecho de estos a la autoridad en el saber, fundado en la propia experiencia o visión de mundo.

De allí, en el presente artículo desarrollo los estudios y corrientes epistemológicas que reflexionan acerca del lugar que las teorías ocupan en los procesos de colonización o de emancipación; la posición de los sectores populares y la “otredad” en el conocimiento científico y sobre todo, propongo repensar la posición que construimos-asumimos desde el género y en relación con “otros/as” en la investigación. Así, los estudios postcoloniales, reflexionan acerca de la subalternidad y adoptando una perspectiva subalterna, presentan una gran diversidad de líneas teóricas y posiciones políticas que generan polémica, al centrar el debate que creo fundamental, sobre la colonialidad del saber. La colonialidad, es uno de los elementos constitutivos del saber científico hegemónico y del patrón mundial de acumulación capitalista. Como dice Quijano (2007), se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo, que opera en cada plano, ámbito y dimensión material, social y subjetiva de la cotidianidad.

² El androcentrismo es la visión del mundo que sitúa al hombre como centro de todas las cosas. Parte de la idea de que la mirada masculina es la única posible y universal, por lo que se generaliza para toda la humanidad, invisibilizando otros géneros.

En ese sentido, los/as teóricos/as del llamado Tercer Mundo o del Sur, han cuestionado la producción de conocimiento desde países y teóricos centrales que aunque se dicen críticos, continúan perpetuando una epistemología imperial, que construye una “crítica eurocéntrica del eurocentrismo”, que mira desde el Norte como objeto de estudio a quienes están situados en el Sur. Es por eso, que en este artículo, se toma la tradición de pensadores latinoamericanos/as y de otras partes del mundo que descolonizan a los estudios postcoloniales, mostrando que Latinoamérica y el resto de los países periféricos han generado sus propias categorías auto reflexivas.

En un segundo momento, presento las epistemologías feministas, también atravesadas por las discusiones entre centro-periferia, representadas en el debate que se da entre el feminismo blanco y europeo, con el feminismo latinoamericano y no hegemónico. Este último, es el que alimenta mis reflexiones, sin perder de vista los aportes teóricos que el primero también ha realizado. Así, las epistemologías feministas, se preguntan por el carácter androcéntrico y binario del conocimiento científico, intentan deconstruir tanto la mirada que se tiene acerca del/la sujeto/a de estudio, como la posición que construye el/la investigador/a en el proceso de investigación, señalando que la trayectoria personal y colectiva de este/a, influye inevitablemente sobre los resultados del proceso investigativo y que lo más ético es hacerlo evidente.

Finalmente, en el último apartado, reflexiono sobre la contribución de los estudios postcoloniales y las epistemologías feministas a los procesos de emancipación de los sectores subalternos, al denunciar e intenta transformar la hegemonía del occidente imperialista y sexista sobre el conocimiento científico.

Los estudios poscoloniales o subalternos

*“Si el sujeto subalterno pudiera hablar
es decir hablar en una manera*

que realmente importara

ya no sería subalterno”

— **Beverley**

Los estudios postcoloniales tienen como antecedente los procesos descolonizadores del Asia y África, en las fuertes inmigraciones de los países periféricos a las potencias y en el nacimiento de movimientos nacionalistas del llamado “Tercer Mundo”. La institucionalización de los mismos se da en los años 80, a través de las teorías Postcoloniales en las universidades de Inglaterra y los Estados Unidos, por teóricos provenientes de otros países como el palestino Edwar Said, los latinoamericanos Walter Mignoldo y Anibal Quijano, indias/os como Gatarý Spivak, Hommi Bhabha y Ranahid Guha, entre otras/os.

Desde sus primeros momentos, el postcolonialismo busca generar teoría desde los territorios ocupados durante todo el período colonial³ y producir prácticas contra-hegemónicas, que puedan contrarrestar los saberes que producen las potencias. En estas corrientes, la posición de quien investiga en ciencias sociales y la relación de este con los/as sujetos-objetos de esas investigaciones, cuando son sectores subalternos, es puesta en cuestión. También, el modo de construcción del conocimiento, las razones y consecuencias que este tiene para los

³ Según Anibal Quijano (2007), la colonialidad es una estructura de dominación y explotación que se inicia en el colonialismo, pero que se extiende hasta hoy día a través de diferentes fenómenos: las dicotomías entre superiores, dominantes, europeos; e inferiores, dominados, no europeos; la naturalización del control eurocentrado de territorios y de sus recursos, la relación colonial en base al capital-trabajo que da lugar a clases sociales diferenciadas y distribuidas por el planeta. También, la colonización a impacto en las relaciones intersubjetivas y culturales, como en la producción del conocimiento y el propio cuerpo a través de las sujeciones de género.

grupos abordados. Como denuncia la siguiente cita de Fanon (2009, pag.218), referente de los estudios postcoloniales, los/as sujetos/as de estudio han sido relegados/as a una posición de subordinación y silencio:

Tuve que enfrentar los ojos del hombre blanco. Un peso desconocido me abrumaba. En el mundo blanco el hombre de color encuentra dificultades en el desarrollo de un esquema corporal. [...] ¿Qué otra cosa podía ser para mí sino una amputación, una mutilación, una hemorragia que salpicaba todo mi cuerpo con sangre negra?

En ese sentido, Fanon (2009) nos introduce en la problemática que abordan los estudios postcoloniales o subalternos, vinculado a la deconstrucción del paradigma Moderno-Eurocéntrico de conocimiento, con el fin de restituir a los grupos subalternos la condición de sujetos de sus propias historia, como una crítica a la epistemología hegemónica de la ciencia occidental, que pretende conocer el mundo para controlarlo y poseerlo.

Al respecto, dice Quijano (2007) que el conocimiento moderno Europeo da cuenta de las necesidades del capitalismo: la medición, la cuantificación, la externalización de lo cognoscible respecto del conocedor, para controlar las relaciones entre los/as sujetos y de estos/as con los recursos naturales y de producción. En ese sentido, la ciencia occidental se produce por y para el hombre blanco (europeo, propietario y heterosexual), que de forma imperialista subordina y silencia al resto de la sociedad, reducida a una otredad homogénea. En esa "otredad" se encuentran las mujeres, los sectores populares, los/as negros/as, gays y otras diversidades. Es decir, en el conocimiento hegemónico "el otro pierde su poder de significar, de negar, de iniciar su deseo histórico, de establecer su propio discurso institucional y oposicional" (Bhabha, 1994, pag.25).

En base al silenciamiento de otros/as, la posición epistémica hegemónica establece que quien conoce es un sujeto neutral, que desde un espacio social aséptico genera conocimiento y construye su discurso como racional, válido, único y como emblema de progreso. Uno de sus mecanismos de funcionamiento es el uso de la tercera persona, que supone una distancia tal del objeto de estudio, una posición de objetividad frente a lo que se dice, que se legitima como conocimiento con carácter de verdad, ya que no muestra rastros de intereses personales en juego. Esta posición, se basa en la búsqueda de un saber universal y objetivo; frente a lo cual, los estudios subalternos oponen una visión que cuestiona la posibilidad de producir un conocimiento neutral y proponen asumir que siempre el conocimiento se construye desde un lugar situado.

En ese sentido, en los estudios postcoloniales el/ la investigador/a forma parte de lo investigado, es parte del mundo sujeto-objeto de estudio, ya que nadie es neutro/a ni posee una experiencia universal, sino que conoce desde una posición social e identidad particular que debe explicitarse. Al igual que el/la sujeto/a de estudio, el/la investigador/a sufre condicionamientos de clase, étnicos, culturales y de género; tiene una trayectoria social y personal, un lugar en la academia y en las instituciones, desde donde produce un recorte sobre la realidad, vinculado a sus intereses y necesidades. Por tanto, para Bhabha (1994), no hay conocimiento fuera de la representación que nos hacemos sobre el propio objeto-sujeto de investigación. De allí, que debemos reconocer en el proceso de investigación la fuerza de su escritura, de la metaforicidad y del discurso teórico, como una matriz productiva que define lo social y lo hace posible u disponible a los/as demás.

A la vez, el conocimiento científico (occidental), posee el poder institucional de ser el modelo autorizado de explicación de la realidad por excelencia (explicación eurocéntrica). Su

paradigma, es el supuesto dañino y autodestructivo de que su teoría es necesariamente el lenguaje social por excelencia, siendo finalmente la voz de la elite, de los privilegiados social y culturalmente. Esta dominación desde la teoría, se traduce en la economía y la política, tiene una profunda influencia hegemónica sobre los órdenes de información del mundo occidental, sus medios de comunicación populares, las instituciones académicas y sociales en general. Frente a la situación de dominación del Occidente, en la teoría social, lo otro del poder (la otredad), no encuentran modos de hablar ni hacer visible sus necesidades, se vuelven un cierto espacio cultural que no existe sino es hablado por la hegemonía; aunque de todos modos busque canales por donde filtrarse y decir, e incluso haya teorías que se esfuercen en denunciar el silenciamiento y asuman el desafío de desmentir: “una concepción de humanidad según la cual la población del mundo se diferenciaba en inferiores y superiores, irracionales y racionales, primitivos y civilizados, tradicionales y modernos” (Quijano, 2007, pag.344).

Estas concepciones eurocéntricas, como señala Quijano (2007), no son una perspectiva cognitiva únicamente de los europeos o del capitalismo central, sino del conjunto de los/as educandos/as que nos formamos en los centros de la hegemonía. De allí, Bhabha (1994) señala que incluso las posiciones teóricas más críticas, si son pura voluntades individuales, terminan encerradas en los mundos académicos y silenciadas por la hegemonía Eurocéntrica del occidente imperialista y neocolonial.

En ese sentido, lo que nos está convidando a reflexionar el autor, es que si solo nos dedicamos a enunciar como se construye la hegemonía al conocimiento, a señalar la opresión sobre las visiones del Tercer Mundo, no logramos generar una alternativa teórica y política real. Aun cuando no haya recetas, para Bhabha (1994) un conocimiento sólo puede volverse político mediante un proceso que llama agnóstico: disenso, alteridad y otredad, como contradicciones discursivas para la circulación y reconocimiento de un sujeto politizado y una verdad pública. Quienes no se esfuerzan por comprender a quien piensa distinto, no conocen el sentido adecuado de la palabra conocimiento.

Por eso, para Bhabha (1994), una perspectiva teórica comprometida⁴ implica tomar como punto de partida la hibridez cultural e histórica del mundo postcolonial, ese cruce entre ser del Tercer Mundo, pertenecer a la clase obrera, ser mujer, negro/a y así infinitamente. Sin embargo, no hay recetas para ese “contra-conocimiento” y es una señal de madurez política aceptar que hay muchas formas de escritura política cuyos diferentes efectos quedan oscurecidos. De todas maneras, por mucho que nos esforcemos por conocer el contenido de una cultura otra y que hagamos el intento de no ser etnocentristas en su representación, la ubicación subalterna de los/as sujetos/as no va a modificarse, ya que esta se reproduce en todas las dimensiones sociales; motivo que nos hace dudar de la posibilidad de recusación del poder desde la lógica institucional y académica que debe respetar la teoría crítica.

A su vez, el esfuerzo de revertir la posición dominante del conocimiento europeizado precisa de lecturas entre líneas, de que él o la agente de investigación vuelva su discurso contra sí mismo/a, proyectando reflexiones sobre sí y en contra de sí. También implica reconocer la conexión histórica entre el sujeto y “objeto-sujeto” de la crítica, a través de la vigilancia conceptual de la teoría, que no admita una identidad simple entre el objetivo político y sus medios de representación. Negar una lógica esencialista y un referente empírico inmediato, son fuertes argumentos de Bhabha (1994) contra el racismo y el moralismo que por lo general

4 Para Quijano (2007), la revuelta intelectual comenzó en los centros dominados y periféricos, porque cuando se trata de poder, es siempre desde los márgenes que se cuestiona el total del campo de relaciones y sentidos que construye tal poder.

acompaña las supuestas teorías críticas. Precisamente, es pensando en los proyectos sociales subalternos y cuestionando al conocimiento colonial, que nos percatamos de que la ciencia hegemónica está hermanada con el capitalismo y hereda una larga tradición en que los/as subalternos no hablan y son hablados, a través de quien detenta el poder de un supuesto conocimiento neutral, crítico y universal. Como nos interpela Fanon (2009, pag.23) “(...) para ver a un hombre invisible o desaparecido no leas ninguna literatura inglesa, que lo hincha y estrecha tus ojos, afila sus colmillos (...)”.

Por otro lado, debo señalar las dimensiones emancipadoras que los estudios postcoloniales desarrollan, al cuestionar las categorías de conocimiento elaboradas en los centros de conocimiento, las cuales son las bases de la Modernidad y de la expansión del colonialismo (pensemos en las categorías Barbarie o Subdesarrollo). En ese sentido, las perspectivas coloniales han tenido como efecto que tanto a nivel discursivo como de representaciones, los subalternos sientan afectada su capacidad de resistencia; por tanto, la denuncia y puesta en conocimiento de esa dominación genera el reconocimiento de y entre subalternos, la conciencia del poder que se tiene y la potencia de enunciación que aguarda por ser puesta en escena. Esta conciencia es para Sousa Santos (2009) una epistemología del Sur, que logre justicia epistemológica y que se articule con la lucha por la justicia global; que logre descolonizar, democratizar y desmercantilizar la epistemología hegemónica; es decir, un conocimiento que pueda articular la lucha contra el capitalismo y por la descolonización. Para lo cual, hay que trabajar con los movimientos sociales, con las personas en su cotidianidad y desde la pluralidad, como alternativas para producir otras teorías.

Sin embargo, la tarea de democratizar el saber no alcanza y además, es algo que ya se viene haciendo dentro de las instituciones del conocimiento científico, reconociendo la existencia de conocimientos alternativos, prácticas subalternas, etc. Por eso, necesitamos admitir los límites internos y externos del conocimiento oficial, porque la ciencia solo formula problemas que puede comprender y aquellos que no, son desvalorizados. A su vez, implica superar una posición extractivista del conocimiento, de las poblaciones con quienes trabajamos y construir saberes con los movimientos sociales y desde las experiencias populares. Es decir, con todas aquellas vivencias que se desarrollan en las periferias del poder y que desafían al statu quo. Recuperar las experiencias no valoradas y los conocimientos silenciados, a partir de una nueva racionalidad que valore las diferentes formas de vida que existen, saberes y experiencias que se encuentran activamente ignoradas por la racionalidad dominante, es otra de las tareas.

Todo lo cual, es para Sousa Santos (2009), un conocimiento emancipación, que no reduce la realidad a lo que existe sino que crea un campo de posibilidades alternativas a lo empíricamente dado. No solo se ocupa del espacio de la productividad sino que son de su interés los ámbitos domésticos, de la familia, de las relaciones sociales entre pares, donde también emergen relaciones de poder y dominio, necesidades y problemáticas a indagar.

A nivel metodológico, los estudios postcoloniales sugieren analizar la historia y sus cambios de modelos, como parte de procesos de confrontación no pacífica, de manera tal, que sean percibidos en el marco de relaciones de explotación y de lo insurgente o subalterno. Son desplazamientos discursivos que pueden establecer un nuevo relato. En parte, es elaborar teorías del cambio, ya que sin crisis no hay posibilidad de insurrección y es asumir un compromiso absoluto con la realidad. Este compromiso, no significa otorgar una conciencia trascendental a los subalternos, ya que sería crearlos simple instrumentos de otra voluntad superior, es: “Investigar, descubrir y establecer la conciencia campesina o subalterna, es un un proyecto que-de ser llevado adecuadamente-conduciría supuestamente a un terreno firme...a algo

que puede ser revelado” (Spivak, 2008, pag.41). Sin embargo, esa conciencia no preexiste al subalterno, sino que es una construcción política e histórica de un sector, que corresponde a una coyuntura específica de cada rebelión:

Si el historiador de la subalteridad...acaba por alinearse con las pautas de la conducta de los propios subalternos, sólo una visión progresista, que diagnostica al subalterno como necesariamente inferior, percibirá tal alineamiento como carente de valor intervencionista. En efecto, en su propia insistencia sobre el subalterno como sujeto de la historia, que el grupo lleva a cabo tal re-traducción, como estrategia intervencionista sólo parcialmente inconsciente (Spivak, 2008, pág. 48)

Es decir, si se afirma como estrategia esta necesidad de alineación, es una deconstrucción del conocimiento correcta. Aunque a veces, ese interés político lleve a romper con la teoría:

Si el historiador percibe que la restauración del subalterno de una posición-de-sujeto en la historia equivale a establecer una verdad inalienable y final de las cosas, entonces cualquier énfasis en la soberanía, la consistencia y la lógica, objetivará al subalterno y quedara atrapado en el conocimiento poder (Spivak, 2008, pag.48).

Es decir, aunque la idea de re-inscribir al subalterno en la historia es buena, los/as investigadores/as debemos tener claro que la subalteridad es el límite absoluto del espacio en el cual la historia se narrativiza como lógica. Es decir, la acción, la práctica debería normar la teoría y en ese sentido, debe reconocer que nunca puede estar en plena concordancia con la conciencia del subalterno, que nunca puede gozar de continuidad con respecto a la entrada desigual y situacional del subalterno en el campo de la hegemonía política. “He aquí la relación siempre asimétrica entre interpretación y transformación del mundo” (Spivak, 2008, pag.49).

Por otro lado, la clave para los estudios subalternos, es no intentar producir teorizaciones universales pero si conservar un compromiso permanente con los subalternos y sus historias, considerando que la restauración-del-sujeto subalterno a la historias es estratégico. Se trata por otro lado, de intentar ser transgresor/a en el discurso, en los problemas de investigación y en los/as interlocutores que nos proponemos, sin olvidar que la construcción de un contra-conocimiento colectivo es fundamental. Ese contrapoder, se construye asumiendo que:

(...) las posibilidad de acción de los agentes no son infinitas, o siquiera muy numerosas y diversas. Los recursos que disputan no son abundantes [y que somos parte] de una historia de necesidades, pero igualmente de intenciones, de deseos, de conocimientos o ignorancias, de opciones o preferencias, de decisiones certeras o erróneas, de victorias y derrotas (Quijano, 2007, pag.348).

Por lo que hay que seguir intentando, seguir construyendo autoridad de los subalternos en el conocimiento y en otros planos de la vida social.

Finalmente, así como los estudios subalternos señalan la acción de colonización del saber científico dominante, poniendo énfasis en la relación de los países centrales con los periféricos; las epistemologías feministas han avanzado unos pasos más allá, al enunciar el carácter androcéntrico y Patriarcal de ese discurso científico. En ese sentido, si bien los estudios postcoloniales ya en los años 60 cuestionaban la ciencia hegemónica y señalaban el lugar

de subalternidad; hasta los estudios feministas, nadie se había ocupado de las mujeres y la diversidad como sujetas/os desaparecidas/os en las investigaciones. Diríamos que ante la visión masculinizante del mundo de la ciencia, las feministas hemos señalado la importancia de las cuestiones de género y denunciado el pensamiento binario del conocimiento científico.

La crítica feminista...interrogando la identidad

*“Si la masculinidad de la ciencia no expresa un conjunto de características,
Biológicamente dadas de los machos,
Sino identidades, prácticas y deseos socialmente contruidos;
Si este machismo es indeseable
Tanto para los hombres como para las mujeres,
¿no son también peligrosas e indeseables las estructuras
Intelectuales, éticas y políticas de la ciencia?”*

— Harding

Las epistemologías feministas al igual que los estudios postcoloniales parten de una crítica revolucionaria a la ciencia, proponiendo la transformación de los fundamentos mismos que le dan origen y las culturas que le otorgan valor; pero enfatizando en la posición subalterna que ocupan las mujeres y otras diversidades de género. Estos estudios develan que aquello que creíamos objetivo: los problemas presentados como universales, las formas metodológicas tradicionales de abordarlos, eran producto de un pensamiento marcado por sus creadores (los sectores dominantes), a su vez condicionados por el género, la clase, raza y la cultura, que se ocultaba tras una supuesta objetividad:

Una ideología objetivista, que proclama prematuramente el anonimato, el desinterés y la impersonalidad, y que excluye radicalmente al sujeto, impone un velo sobre estas prácticas, velo que no es tanto de secreto cuanto de tautología. Su aparente autoevidencia las hace invisibles y, por ello, inaccesibles a la crítica. El esfuerzo por la universalidad se cierra sobre sí mismo, y con ello se protege de la estrechez de miras. De este modo, la ideología de la objetividad científica traiciona sus propios propósitos, subvirtiendo tanto el significado cuanto el potencial de la investigación científica (Keller, 1985, pág. 20).

La ciencia hegemónica, denuncian las feministas, lejos de ser objetiva tiene dogmas con los que observa la realidad, clasifica y cataloga al mundo y a las personas. Esos catálogos están cargados de teorías que surgen de paradigmas propios de una cultura sexista. El sexismo genera proyectos de investigación basados en la creación de estereotipos sobre las mujeres y otras diversidades, estableciendo cuáles son los problemas científicos relevantes y construyendo supuestos de investigación (Cfr. Harding, 1986). En ese sentido, el pensamiento científico lleva la marca de la cultura occidental hegemónica que representa en sus proyectos sociales, en su historia y no el mundo en su diversidad, tal como desde diferentes espacios queríamos. De allí, para Harding (1986) la expulsión de las mujeres y otras diversidades sexuales de la ciencia, tiene el sentido de impedir sus participaciones en la construcción y legitimación del conocimiento y expulsar aquellos valores considerados “femeninos” de tales construcciones, incluso volverlos obstáculos. (Cf. Maffia, 2005). En ese sentido, Maffia (2005) sostiene que la situación se vuelve

aún más dramática, si analizamos que toda nuestra vida está atravesada por un pensamiento derivado de la ciencia hegemónica: los manuales que consultamos, la escuela, universidades, los artículos académicos, las explicaciones que le damos a diferentes fenómenos de nuestra vida cotidiana que invisibilizan las diversidades de género.

A partir de este paradigma, las experiencias de las mujeres han quedado fuera como formas de conocimiento despreciadas y desvalorizadas. En ese sentido, la experiencia es una categoría estratégica que las feministas defendemos, porque permite dar cuenta no solo de la posición objetiva que se ocupa en la estructura social, sino de las trayectorias personales y de grupos, de las emociones, de la historia de los/as sujetos. Por eso, para la ciencia oficial que se dice objetiva, neutral y racional, esta categoría es tildada de acientífica y de allí su carácter revolucionario, ya que es un punto de vista encarnado.

Por otro lado, no sólo las mujeres han quedado fuera de estas comunidades científicas, muchas masculinidades no hegemónicas fueron y son expulsadas de la ciencia, como ya plantearon los estudios postcoloniales respecto a los negros, chicanos y a los cuales el feminismo agregaría a los gays, lesbianas y transexuales (entre otros géneros). La ciencia entonces, expulsa y norma lo cuerpos, ya que:

Es provechoso para nuestros colonizadores confinar nuestros cuerpos y alienarnos de nuestros propios procesos vitales, así como fue provechoso para los europeos esclavizar al africano y destruir toda memoria de una previa libertad y autodeterminación. Así como la fundación del capitalismo occidental dependió del tráfico de esclavos en el Atlántico Norte, el sistema de dominación patriarcal se sostiene por la sujeción de las mujeres a través de una heterosexualidad obligada (Clarke, 1988, pág. 100-101).

En ese sentido, Miskolci (2009) sostiene que las ciencias sociales en la que hemos sido (per) formados/as, al menos hasta la década de los 90, tratan al orden social como sinónimo de sujeto hegemónico y heterosexualidad:

El presupuesto heterosexista del pensamiento sociológico se manifestaba en las investigaciones sobre sexualidades no hegemónicas. A pesar de sus buenas intenciones, los estudios sobre minoras terminaban por mantener y naturalizar la norma heterosexual (2009, pag.2).

Desde una posición teórica similar, Sedwick (1998), sostiene que la cultura occidental no incorpora un análisis crítico de la definición de sujeto y que termina siendo incompleta; sin embargo, nosotros/as nos representamos a través de ella y por tanto, sino ejercemos un auto-socio-análisis constante, olvidamos que nuestro pensamiento es de carácter sociocéntrico y egocéntrico. Es decir, centrado en la propia persona y en los vínculos sociales en que estamos inmersos/as.

Frente a esta situación, Harding (1986) sostiene que no se trata únicamente de que las mujeres y diversidades ocupemos los espacios de poder masculinos, ni de complementar perspectivas masculinas y femeninas, sino más bien de una transformación de las categorías mismas de lo que se considera masculino y femenino. Hablamos de una ciencia que dé lugar a la diversidad y a la producción teórica-práctica desde concepciones de mundo diferentes. Por tanto, tenemos la tarea de demostrar el sesgo masculino de la ciencia, sus prejuicios de género, raciales, de clase, de visibilizar cómo la ciencia ha perpetuado la posición de quienes

detentan el poder. Para desarticular ese poder, el de la ciencia hegemónica, una de las estrategias de la epistemología feminista, es poner de manifiesto el modo en que los intereses de clase y de género se filtran en la construcción de teorías científicas, a través de la deconstrucción del lenguaje de la ciencia. Se discuten las metáforas, las analogías que utiliza, se señalan los valores sociales que subyacen a sus teorías, demostrando su contribución al control social de los cuerpos:

La epistemología feminista consiste en poner de manifiesto cómo el patriarcado ha invadido tanto nuestro concepto de saber cómo el contenido concreto de los cuerpos de conocimiento, aunque digan que son emancipadores. Sin un conocimiento adecuado en el mundo y de nuestra historia en él (y esto incluye el saber cómo conocer), no podemos elaborar una práctica social más adecuada (Flax, 1983, en Harding, 1986, pág.132).

En relación al lenguaje, Braidotti (2000) menciona como la ciencia categoriza de forma binaria la vida; en el género nos construyen o bien como hombres o bien como mujeres, a través de ciertas condiciones simbólicas, semióticas y materiales, que nos atraviesan y donde unos/as ocupan la posición de lo normativo y otras y otros el de la alteridad. En ese marco, el lesbianismo, la pobreza, ser negra o simplemente mujer, genera opresiones tales como la desaparición en el discurso de la ciencia de estas personas, que no se amoldan al canon de sujeto. A su vez, incluso las teorías que hablan de género, esconden estructuras fundamentales del lenguaje que construyen el/la sujeto/a sobre la base de una producción cultural de la femineidad y de la masculinidad como análogas, con lo que se pierde la denuncia de las posiciones asimétricas que constituyen a los géneros. Además, esas focalizaciones toman el feminismo blanco como la verdad y niegan el específico de las mujeres latinoamericanas y negras, que han hecho más complejo el marco de la teoría feminista, al tener en cuenta las relaciones de poder que se constituyen al interior mismo del género femenino. Por eso, las epistemologías feministas y también los estudios postcoloniales, buscan dar voz y construir conocimiento desde y con los/as sujetos/as históricamente “periféricos/as”, evitando suponer unilateralmente que sienten, experimentan o con quienes se relacionan.

En ese sentido Harding (1996), sostiene que el desafío de la ciencia es la elaboración de conocimientos situados, ya que solo la perspectiva parcial promete una visión objetiva; aunque este paradigma de objetividad trata de la localización limitada y del conocimiento situado, no de la trascendencia y del desdoblamiento sujeto-objeto. Caso lograrlo, podremos responder de lo que aprendemos y de cómo miramos. Sin embargo, Harding (1986) nos advierte que aún con intenciones críticas, estamos siempre en la delgada línea de contribuir a resultados científicos con producciones sexistas, raciales y clasistas; aun cuando el discurso de la ciencia sea que a través del método científico controlamos estos obstáculos epistemológicos y logramos objetividad. Para la autora, es la deconstrucción del colonialismo del siglo XX lo que ha aumentado la objetividad de la ciencia y no el apego al método científico dominante, o la creencia en la bondad de los resultados que producimos más allá de las identidades sociales.

En relación a la necesidad de generar saberes situados o locales, un pasaje del texto de Perlonguer (1993) donde estudia la prostitución masculina en Brasil, nos ayuda a comprender y reflexionar sobre el posicionamiento de Harding: “Taxiboyos en Buenos Aires, chaperos en Madrid, hustlers en Nor-teamérica, michés en Brasil (...) La dispersión de las nominaciones expresa también peculiaridades intransferibles, que varían de lugar en lugar” (1993, pag.5).

Acompaña esta reflexión, la premisa de no imponer nunca al grupo observado requisitos de homogeneidad, de asumir el trabajo de caracterizar las trayectorias personales que encontramos en esos grupos, las experiencias, dando cuenta de los condicionamientos que atraviesan la vida de esas personas y también las propias. En ese sentido, estamos repensando quien dice qué, quién representa a quién y quienes son subalternos:

Es en la conciencia de que los límites epistemológicos de esas ideas etnocéntricas [conocimiento hegemónico], son también límites enunciativos de un espectro de otras historias y otras voces disonantes, incluso disidentes: mujeres, colonizados, minorías, portadores de sexualidades vigiladas (Homi Babha, 1994, pag.21).

En ese sentido, Haraway (1995) plantea que proponernos mirar desde posiciones subalternas (si es que esto se puede), no necesariamente nos conduce a versiones más reales de la vida, a fabricar categorías no marcadas que reclamen el poder de ver y no ser vista, de representar y de evitar la representación. Si bien mirar desde la periferia es necesario, no hay que romantizar la posición de la profundidad, ya que mirar desde abajo no se aprende fácilmente y tampoco deja de provocar dificultades, incluso para los conocimientos subyugados (que no son inocentes). Las investigaciones suelen construirse desde categorías que se presentan como productos de un “afuera”, desde una ubicación geo-ideológico-cultural desde donde se mira a los sectores periféricos, que no explicita una ubicación de clase pero que claramente la tiene. Pensemos en los de estudios de género del feminismo blanco hegemónico, que muchas veces termina ignorando la situación particular de las mujeres, especialmente las latinoamericanas en sus experiencias de creación, de participación política; homogeneizándolas desde una visión etnocéntrica como pobres y determinadas.

En ese sentido, el llamado feminismo blanco, occidental y heterosexista, comienza a ser cuestionado en los setenta, cuando las mujeres negras, latinoamericanas, lesbianas y musulmanas, denuncian al feminismo hegemónico por discriminación. Estos nuevos feminismos, que podríamos denominar como Feminismo postcoloniales, tienen como política pelear contra la opresión racial, sexual, heterosexual y de clase, propia del feminismo blanco. Propugnan así, el respeto de la diversidad de identidades y modos de asumir la sexualidad y la subjetividad feminista. Es decir, se destaca que así como las mujeres estamos atravesadas por problemáticas de género, igualmente nos atraviesa la raza, clase y orientación sexual. Por lo que sería cometer un error, olvidar estos cruzamientos e intentar homologar las experiencias de las mujeres de diferentes clases, orígenes geográficos, etc. Para Mohanty (2008), las mujeres del llamado Tercer Mundo son representadas en los estudios hegemónicos y también en las producciones del feminismo blanco y Europeo, como atravesadas por una vida esencialmente truncada debido al género femenino y caracterizadas como pobres, sin educación, limitadas por las tradiciones, por el mundo doméstico violento y restringido. Esa visión, nos sugiere la autora, se contradice con la auto-representación de las propias investigadoras, que se ven a sí mismas como educadas, modernas, en control de sus propios cuerpos, de su sexualidad y con libertad para optar y tomar decisiones. De allí, que cuando se investiga a los sectores subalternos, se asume una noción homogénea de la opresión que pesa sobre las mismos, una especie de construcción de sujeto promedio de sectores subalternos. Ese sujeto promedio que producimos en nuestras investigaciones, sugiere Mohanty (2008), es construido desde nuestras culturas de clase media, que se vuelven la norma y codifican las historias y culturas de la clase trabajadora como “el Otro”, asumiendo una posición colonizadora.

Una posición de colonización en el conocimiento, es “una relación de dominación estructural y una supresión, muchas veces violenta, de la heterogeneidad del sujeto o sujetos en cuestión” (Mohanty: 2008, pág.3). Hay una tensión permanente entre los/as sujetos/as que construimos en nuestras investigaciones y los/las sujetos/as reales en cuestión. En ese sentido, es necesario hacer explícito la postura que asumimos respecto a diferentes teorías y reflexionar acerca de los límites de la investigación; enfrentar como dice Spivak (2011), que las investigaciones podrán reconstruir la voz de los/as subalternos/as, representar sus experiencias y narrar sus testimonios, pero siempre serán mediatizados por quien investiga. Por tanto, las miradas poco autoreflexivas que los/as investigadores/as hemos tenido y tenemos sobre las propias producciones académicas, han impedido que seamos conscientes de la violencia que ejercemos sobre grupos subalternos; por eso, hay que preguntarse quién soy yo, quién es esa mujer “otra”, cómo nombrarla, cómo me nombra ella a mí (Cfr. Colaizzi, 1992).

En ese sentido, De Lauretis (1996) llama feminismo postcolonial, a aquellos estudios atentos a las múltiples posiciones de los/as sujetos, que a veces se encuentran y otras incluso se enfrentan o retroalimentan, como el género y la clase. Este feminismo, pone de manifiesto que entre las mujeres existe una confluencia de opresiones y a su vez, una diversidad de marginaciones que deben dialogar para que exista una política feminista. Por tanto, debemos ejercer una vigilancia epistemológica constante de nosotros/as mismos/as durante las investigaciones y análisis acerca de otras clases o realidades sociales, ya que hay una distancia social y simbólica que debe ser asumida y trabajada explícitamente. Debemos acompañar nuestras reflexiones teóricas con una revisión profunda de nuestras raíces culturales, de las ideas políticas, económicas, pedagógicas, morales, producidas en nuestra América; de las modalidades en que nos ha colonizado el pensamiento europeo y de las resistencias no historiadas, de las luchas frente a prácticas y discursos hegemónicos; de los proyectos sociales y políticos de los sectores subalternos (Cfr. Nadal, 2011).

Por otro lado, los estudios feministas destacan que el solo hecho de asumir esta postura reflexiva, no generará automáticamente un tratamiento más democrático o incluso políticamente más correcto de las personas involucradas en la investigación; pero sí colaborará a cuestionar la ciencia, a sostener los esfuerzos por construir saberes que sean conscientes de sus limitaciones y que asuman un proceso trabajoso por parir nuevos paradigmas de conocimiento. Ese nuevo paradigma, multiplicará a los/as sujetos de conocimiento, eliminará estereotipos sexistas y celebrará las diferencias. En ese sentido, todos/as somos llamados a la tarea de producir conocimiento que apueste a fortalecer procesos emancipadores, donde las epistemologías feministas han aportado al cuestionamiento a un sujeto que se presenta como normalidad, como lo natural y dominante, enfrentado a alteridades radicales, ancladas en sujetos/as que se suponen anormales porque viven la sexualidad de manera distinta. Estas alteridades son reivindicadas como diferentes y no como inferiores, se presentan como igualmente racionales y capaces, luchando porque en la hegemonía científica las diferencias y los intereses múltiples deban ser legítimamente considerados y protagonistas.

Reflexiones

*“No son nuestras diferencias las que nos dividen,
sino nuestra incapacidad para reconocer,
aceptar y celebrar esas diferencias”*

— **Audre Lorde**

A lo largo de este artículo he presentado los contenidos básicos de los dilemas que los estudios postcoloniales y las epistemologías feministas presentan acerca del conocimiento científico. Dando cuenta de esos planteos, recorrí las críticas centrales acerca de la posición que los/as investigadores/as ocupan en la producción de saberes sociales y el lugar que la subalteridad tiene en esos procesos. Así, como el carácter emancipador de estas teorías en la búsqueda constante de transferir el control desde los poderosos a los sectores que no tienen su poder legitimado y en la convicción de fortalecer su posición como sujetos de conocimiento, de visibilizarse y enunciarse desde sus propias realidades.

En ese sentido, siendo consciente de las limitaciones y de la manera en que la academia me ha performado; apropiándome de la crítica de los estudios postcoloniales y de las epistemologías feministas, no puedo dejar de señalar que debemos insistir en recuperar las experiencias, subjetividades y necesidades de los/as subalternos/as, aun cuando nunca logremos dar cuenta de las mismas de forma completa. Tenemos que aprender a convivir con el hecho de que producimos un conocimiento limitado y parcial, que nunca podrá dar razones universales, pero que articulando con otros saberes y producciones, quizás pueda dar cuenta de la multiplicidad y complejidad de la vida. Como nos recuerda Spivak, desencontrarnos con los/as sujetos/as de nuestras investigaciones, no comprender sus experiencias en su totalidad, es una lección dura de aprender, pero volverse indiferentes ante esta situación, es sencillamente asumir que las soluciones que cierran elegantemente son una práctica teórica correcta.

En ese sentido, el esfuerzo de comprender las posiciones subalternas que muchas veces incluso compartimos por ser mujeres, negros/as, gays, etc. nos ayuda a dar visibilidad a las demandas y a construir las necesidades con los/as subalternos, a politizar la situación naturalizada de dominación. Como dice una poeta: “un día aprendí un arte secreto, llamado invisibilidad. Creo que funcionaba pues ahora me miras pero nunca me ves...solo mis ojos permanecerán para vigilar y perseguir y volver tus sueños caos”. Nosotros/as como investigadoras/es, debemos aprender a ver a la persona desaparecida del relato, trabajar para revalorizar la necesidad de que los/as subalternos ocupen lugares estratégicos, que las mujeres, negros y latinoamericanos/as invadan con sus producciones teóricas el mundo académico. Aunque esto no necesariamente suponga resultados alternativos de investigación, sí vuelve probable que la ciencia tenga mayores inclinaciones por cuestiones que competen a los/as subalternos.

En ese sentido, son los movimientos feministas, postcoloniales, etc. quienes, como dice Harding (1996), han aumentado la objetividad en la ciencia con sus compromisos anti autoritarios, valores anti elitistas y emancipadores. Son quienes han denunciado el androcentrismo en los problemas a investigar y quienes muchas veces han demostrado que no toda teoría de occidente es parte de una elite occidental, sino que hay quienes se esfuerzan por construir otra posición que refuerce su propia ecuación poder-conocimiento, generando una alianza con los sectores silenciados.

En este marco de desafíos, no podemos olvidar que es la autoridad de los valores y relaciones sociales que instala el capitalismo lo que estamos desafiando. Es el capitalismo quien precisa de ese saber hegemónico y reproductor para continuar perpetuando sus relaciones de desigualdad y explotación. Por eso, aunque el capitalismo es una totalidad que a veces resulta inabordable, debemos comprender que cada parte que compone el mundo social, como puede ser la esfera de la producción de conocimiento, es un espacio conflictivo en sí mismo, con heterogeneidad e historia y por tanto, una trinchera de lucha.

A su vez, lo que este artículo intenta poner en discusión, es que debemos romper con el nihilismo de que nada puede cambiarse o con el binarismo popular entre teoría y política, para comprender la urgencia de cuestionar la ciencia en el marco de un proyecto colectivo de ciencia emancipadora pero también de sociedad; los que nos invita a animarnos a no ser “políticamente correctos/as” con nuestras investigaciones, a construir conocimiento junto a sectores que la ciencia oficial denota como nulos o ignorantes. Como nos dice Andre Lorde, feminista negra y lesbiana: “Las herramientas del amo no destruirán la casa del amo”. Por tanto, hay que fabricar nuevas herramientas y nuevas formas de nombrar y significar el mundo, de contar nuestras historias. Porque como sostiene la novelista Chimamanda Adichie, las historias importan, importa también quienes las cuentan y quienes las leen, ya que el poder hegemónico ha contado su propia historia estereotipada y limitada, una historia incompleta sobre “los otros”. Si recuperamos nuestra historia, si la narramos desde los sectores subalternos, esta puede crear poder y dignidad, porque rechaza la historia única y lineal de la colonialidad y recupera relatos invisibilizados.

Por otro lado, la pregunta que nos persigue, que se cuele molesta en todo lo que hacemos, es cómo lograr revolucionar el conocimiento cuando los/as aliados/as que tenemos en los espacios institucionales muchas veces, aunque críticos, reproducen el sexismo y el colonialismo en el saber y en sus relaciones sociales. Es decir, cuando no alcanza con que nuestros aliados/as sean democráticos/as, con que incluyan nuevas subjetividades a la producción de conocimiento, sino que precisamos de la construcción de nuevas epistemes, de nuevos saberes. A su vez, ¿cómo lograr que esos conocimientos no dicotomizados, plurales, que piensan problemáticas nuevas, sean conscientes de la necesidad de optar por un lenguaje apropiable desde los sectores no académicos?; ya que seguir escribiendo en clave abstracta y compleja termina encerrando el discurso nuevamente en la elite académica. Como nos interpela Hooks (1981), el objetivo como pensadoras feministas y académicas, es tomar las abstracciones teóricas y volverlas un lenguaje accesible, no menos complejo ni riguroso sino simplemente accesible. Ya que a falta de lenguajes que se ofrezcan apropiables, nos perdemos en la academia y olvidamos la real complicidad entre quienes ocupan lugares estratégicos y los/as subalternos. Si bien situados/as en el escenario académico, institucional y hegemónico, la tarea de la complicidad es complicada aunque no imposible.

Se trata entonces, de dar batalla dentro de las instituciones académicas y fuera, con los movimientos sociales, para que ya no existan esas fronteras; siendo el/la mismo/a investigador/a parte de esos movimientos que reflexionan y crean colectivamente. El desafío es enorme sin duda, pero empieza por una/o misma/o en la reflexión y en el esfuerzo constante de preguntar: ¿a quiénes favorecemos con nuestras investigaciones, qué queremos generar con lo que finalmente investigamos? y ¿cuáles son los límites de producir conocimiento reflexivo en la soledad de nuestros “laboratorios”?

Debemos abandonar pretensiones individualistas y de trascendencia académica, intenciones de homogeneizar la realidad, ya que las diversidades deben estar a la luz, todos/

as debemos confluir desde nuestras identidades en espacios más amplios que nos contengan. Es una visión de las diferencias que no las entiende como divisorias, sino como parte de las respuestas tácticas y estratégicas con que enfrentamos al poder, donde todos/as nos convertimos en ese “otro” que la hegemonía debe enfrentar. Como dice una poeta mexicana: si bien hay tantísimas fronteras que dividen a la gente, también por cada frontera existen muchísimos puentes que las unen. Tenemos frente a nosotros/as, el enorme desafío de que los/as subalternos hablen en nombre de sí mismos/as, pero también de que hablemos desde un nosotras/os mismos/as como colectivo, que se vuelve protagonista de construir desde las diferencias una nueva historia en común.

No olvidemos nunca la apreciación de Galeano: “Aunque estamos mal hechos... aunque estamos bastante mal hechos, no estamos terminados”.

Bibliografía

BHABHA Homi. El lugar de la Cultura. Buenos Aires: Manatíal, 1994.

BRAIDOTTI Rossi. Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea, Buenos Aires: Paidós, 2000.

COLAIZZI, Giulia. “Feminismo y teoría del discurso: razones para un debate”. En Revista Debate Feminista, Vol. 5, 1992. Disponible en: <http://doctoradogenero.blogspot.com> Acceso el 15 de abril de 2012.

DE LAURETIS, Teresa. “La tecnología del género”. En revista Mora, Nº 2, 1996. Disponible en: <http://doctoradogenero.blogspot.com> Acceso el 15 de abril de 2012.

FANON Franz. Piel blanca y Máscaras Negras. Argentina: AKAL, 2009.

KELLER, Evelyn Fox (1979): “Género y ciencia”, en Ana Sanchez (comp): Reflexiones sobre género y ciencia, p. 80-102. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1979.

HARAWAY Donna. Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Madrid: Ediciones Cátedra, S. A, 1995.

HARDING Sandra. Ciencia y feminismo, Madrid: Morata, 1996.

HOOKS, Bell. Ain't I a woman: Black women and feminism. Boston, MA: South End Press, 1981.

MAFFÍA, Diana. “Epistemología feminista: por otra inclusión de lo femenino en la ciencia”, en Norma Blázquez Graf y Javier Flores (comp.) Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica. P. 623-633. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2005.

MIGNOLO Walter. “Colonia y Colonialidad más allá del Discurso” En: Cultura y Tercer Mundo: Cambios en el Saber Académico Venezuela: Nueva Sociedad Cap. IV, p. 99-136.1996.

MISKOLCI Richard. "A Teoria Queer e a Sociologia: o desafio de uma analítica da normalização". En revista Sociologías, Brasil, Nº21, p. 150-182. 2009.

MOHANTY Chandra Talpade. "Bajo los ojos de occidente". En Liliana Suárez Navaz y Aída Hernández (Comp.): Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes. Madrid: Cátedra. P.1-23.2008.

NADAL Fernández Estela. "Los estudios poscoloniales y la agenda de la filosofía latinoamericana actual", En revista Herramienta de debate y crítica Marxista, 2011. Disponible en: www.herramienta.com.ar Acceso el 12 de abril de 2011.

PERLONGHER Néstor. La prostitución masculina. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca, 1993.

PORTOLÉS O. Asunción. "Feminismo Postcolonial: La crítica al Eurocentrismo del Feminismo Colonial". En Cuadernos de trabajo Nº6. 2004. Disponible en: www.ucm.es/info/instifem/cuadernos/cuaderno%206.doc Acceso 15 de abril de 2012.

QUIJANO Anibal. "Colonialidad del poder y clasificación social". En: Santiago Gómez y Ramón Grosfoguel (comp.) El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global, p.65-120. Bogotá: Siglo del Hombre. 2007.

SEDGWICK Eve Kosofsky. La Epistemología del Armario. Barcelona: Ediciones de la Tempestad. 1998.

SOUSA Santos. Epistemología del Sur. México: Editorial Siglo XXI, 2009.

SPIVAK Gayatri. "¿Puede el Subalterno Hablar?", Disponible en www.tp://pt.scribd.com/doc/31389172/Spivak Acceso en septiembre de 2012. 2011.

_____. "Bajo la mirada occidental: la investigación feminista y los discursos coloniales", Disponible en: <http://webs.uvigo.es> Acceso el 10 de septiembre de 2012. 1991.

_____. "Estudios de la Subalteridad: Desconstruyendo la Histografía". En: Estudios Poscoloniales. Argentina: Traficantes de Sueños.2008.